

CERRO BLANCO RECOLETA



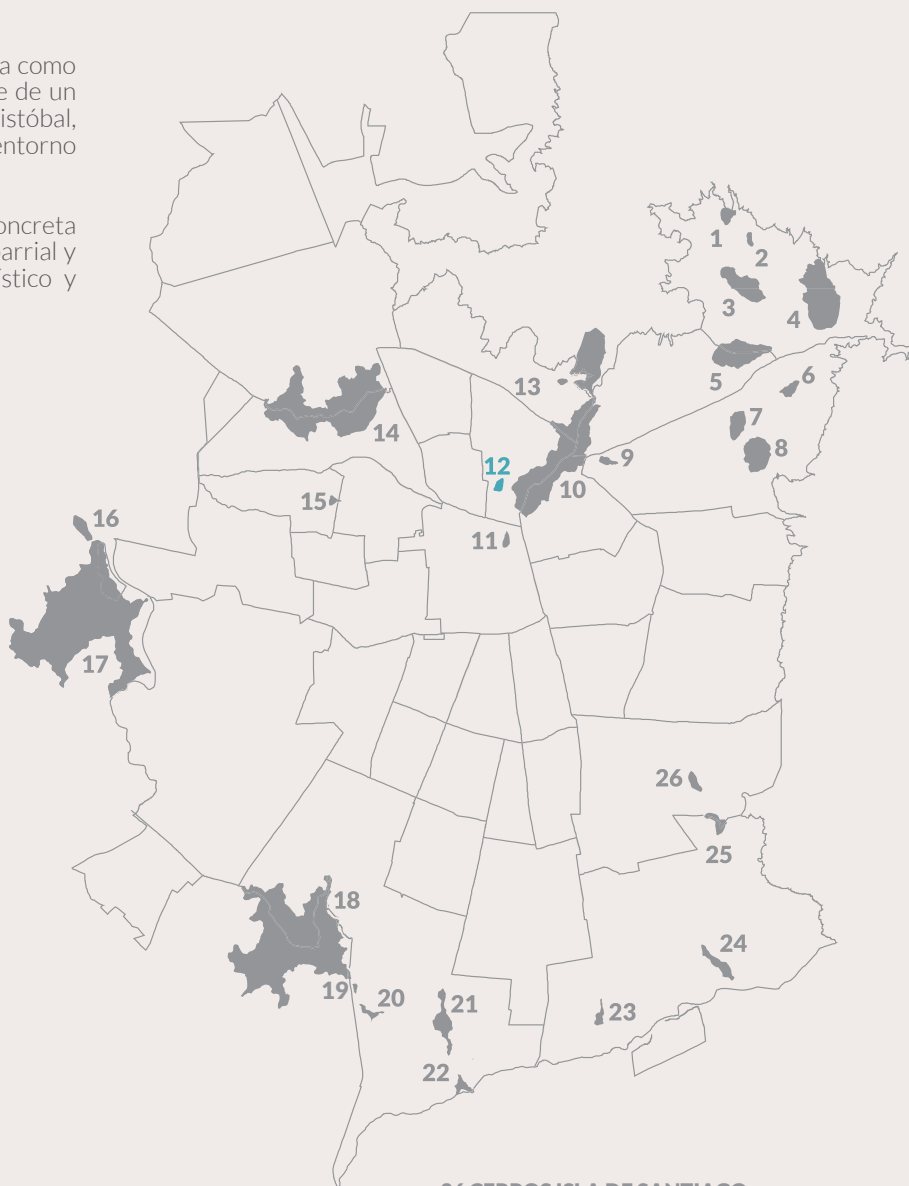
CERRO BLANCO, RECOLETA

El Cerro Blanco es uno de los lugares más singulares y estratégicos de Santiago. Ubicado en pleno centro de la ciudad, en medio de hitos patrimoniales como Recoleta Dominica, Cementerio General, Museo de Artes Decorativas y el histórico Barrio La Chimba.

El Cerro Blanco es un registro vivo de la historia de Chile. Sus huellas atraviesan siglos: desde las culturas preincaicas y las piedras tacitas, pasando por la conquista y episodios ligados a Inés de Suárez, hasta su rol en la construcción del Santiago colonial y republicano. Cada una de sus capas guarda parte de la memoria de la ciudad y del país.

A esto se suma su enorme valor ambiental, funciona como un colchón verde dentro de Santiago y forma parte de un corredor biológico conectado con el Cerro San Cristóbal, albergando flora y fauna nativa en medio de un entorno altamente urbanizado.

Regenerar el Cerro Blanco es una oportunidad concreta para transformar el sector, fortalecer la identidad barrial y proyectar un nuevo polo cultural, ambiental, turístico y comunitario para Santiago.



26 CERROS ISLA DE SANTIAGO
N° 12 Cerro Blanco

PIEDRAS TACITAS

El complejo de tacitas más grande de América

Ladera norte del Cerro Blanco

Las piedras tacitas son hendiduras circulares talladas en roca por acción humana, características de la zona central de Chile. **El macizo del Cerro Blanco alberga 149 tacitas de distintos diámetros y profundidades, constituyendo el complejo de este tipo más grande de América** y el referente arqueológico más importante del continente en su categoría.

El bloque donde están talladas corresponde a andesita dacítica, roca ígnea volcánica con alto contenido de hierro y consistencia similar a la piedra calcárea. Esta característica del material descarta su uso sistemático para molienda de granos, ya que la roca desprende partículas al molerse, inutilizando cualquier alimento procesado.

USOS E INTERPRETACIONES

Se han planteado múltiples hipótesis sobre la función de las tacitas. La teoría de molienda de recursos vegetales, minerales o animales ha sido cuestionada precisamente por la blandura del soporte rocoso. El hallazgo de manos de moler quebradas transversalmente al interior de las oquedades llevó a Claudio Massone a postular una función ceremonial:

«La presencia de manos de moler, morteros, conanas y piedras horadadas, estando todos estos artefactos fracturados, sería significativa de alguna ceremonia fúnebre.» — Massone, C. (1978).

Tomás Guevara, en *Psicología del Pueblo Araucano*, las asocia a altares ceremoniales vinculados al sacrificio de guanacos o corderos. Otra interpretación sugiere que las concavidades habrían funcionado como espejos de agua para reflejar constelaciones durante las noches, hipótesis coherente con la orientación astronómica del sitio.

DIMENSIÓN ASTRONÓMICA Y RITUAL

Bustamante y Moyano destacan que desde la plazoleta de tacitas se aprecia una vista de 180° hacia el norte que permite observar la salida y puesta del Sol durante el solsticio de invierno. Esta fecha es de alta significación para múltiples culturas originarias: el pueblo mapuche celebra ese día el Wetripantu —año nuevo mapuche— y los incas conmemoran el Inti Raymi en honor al dios Inti.

Los pueblos precolombinos quechuas y picunches le asignaron una connotación religiosa al sitio, utilizándolo como centro ceremonial. La convergencia de estas tradiciones en un mismo espacio refuerza la hipótesis de que el Cerro Blanco fue un lugar de sacralidad continua a lo largo de distintos períodos culturales.



Fotografía de Grupo Tacitas

ESTADO DE CONSERVACIÓN Y PROTECCIÓN LEGAL

La plazoleta de piedras tacitas del Cerro Blanco fue declarada Monumento Arqueológico mediante el Decreto N° 119 del año 1992. Sin embargo, el sitio actualmente no cuenta con la protección ni la mantención propias de un Monumento Nacional, careciendo de las condiciones necesarias para su adecuada conservación.

La ocupación irregular del cerro con construcciones emplazadas directamente sobre y alrededor del bloque, y el posterior recubrimiento con tierra en 1983 —que derivó en el crecimiento de malezas con raicillas que penetraron los poros de la roca—, aceleraron el deterioro de este patrimonio arqueológico único en el continente.

CAMINO DEL INCA / QHAPAQ ÑAN

El Camino de Chile y su paso junto al Apu Huechuraba

El Camino del Inca, también llamado Camino de Chile o Qhapaq Ñan, venía desde Putaendo, atravesaba Huechuraba y continuaba hacia el río Mapocho —conocido originalmente como Mapuche, nombre que los españoles modificaron. El investigador Justo Abel Rosales, en el siglo XIX, lo situó al poniente del "Cerro Huechuraba", hoy Cerro Blanco, exactamente donde se encontraba La Cañadilla, actual calle Independencia.

Este no era un camino único sino una red que se ramificaba al pasar por zonas de mayor irrigación y densidad de población. Todas sus ramificaciones conflúan en un punto central: la Plaza de Armas. Según las investigaciones de Stehberg y Sotomayor, ese punto era el centro administrativo del Tawantinsuyu sur o Collasuyu. Desde el Camino de Chile se desprendía un brazo que llegaba al Cerro Blanco, para luego volver a confluír en el río, lo que denota la importancia del Cerro Blanco.

TESTIMONIO DE TOMÁS (CA. 1515)

Un testimonio excepcional describe con precisión el trazado y su uso por el propio Inca. Tomás, un indígena nacido alrededor de 1515, declaró:

«[...] sabe que el camino llamado Chile por donde pasó el Inca cuando vino a este reino, es el que refiere la pregunta, que bajaba de una serranía que está de la otra parte de Huechuraba que llaman el portezuelo, y sabe que bajaba y corre desde el dicho portezuelo pegado a la chacra de Juan Pérez de Cáceres y por junto al cerrillo que llaman de Huechuraba y pasa por tierras de Santo Domingo [...] vio venir al dicho Inca y le conoció y a su gente, y le vio que en la falda del dicho cerro del portezuelo abajo hicieron fuego los indios incas.»

El testimonio revela que el Inca y su comitiva descansaron a los pies del Cerro Blanco, lo que confirma tanto el trazado del camino como la importancia del cerro como punto de referencia en el paisaje del valle.

EL ASENTAMIENTO INCA Y LA FUNDACIÓN DE SANTIAGO

Los incas llegaron al valle del Mapocho aproximadamente en 1400, trayendo consigo mano de obra especializada, tecnologías agrícolas, redes de caminos y una red de canales que aumentaron considerablemente la producción agrícola. La presencia de un "tambo grande" junto a la plaza, mencionado en el Acta del Cabildo de Santiago del 10 de junio de 1541, confirma que existía un asentamiento inca en plena actividad cuando llegó Valdivia.

La historia oficial sostuvo durante largo tiempo que Pedro de Valdivia fundó Santiago en un territorio desocupado. Sin embargo, investigaciones de Stehberg y Sotomayor han demostrado que Valdivia se instaló sobre un centro administrativo y ceremonial incaico preexistente, apropiándose también de la red de chacras agrícolas del Maipo-Mapocho. El cronista Gerónimo de Vivar registró en 1558 la intención de Valdivia de "poblar un pueblo como el Cuzco a las riberas del río Mapocho", lo que sugiere plena conciencia de ese asentamiento previo.

Ese conocimiento era posible porque en la hueste de Valdivia viajaba Pedro Gómez de don Benito, soldado que había participado previamente en la expedición de Diego de Almagro y ya conocía el valle.

QUILICANTA Y EL FIN DEL TAWANTINSUYU EN EL MAPOCHO

Quilicanta era el gobernador incaico del valle del Mapocho, encargado de administrar el pago de tributos. Recibió a Pedro de Valdivia y le proporcionó ayuda inicial, pero la relación se deterioró rápidamente. Doña Inés de Suárez, compañera de Valdivia, ordenó su degollamiento, marcando el fin dramático de la administración del Tawantinsuyu en la región central de Chile.

Con Quilicanta desaparecía también la continuidad institucional de un sistema que había organizado el valle durante más de un siglo: la red vial, los tambos, los canales de riego y los centros ceremoniales que los conquistadores aprovecharon y sobre los cuales construyeron la nueva ciudad.



Plano de La Chimba • 1641

Plano de la Chimba. Valle del Mapocho. Realizado por Francisco Luis Besa y entregado al tribunal de la Real Audiencia el 26 de agosto de 1641. Corresponde al plano más antiguo conocido del Camino del Inca, representado por una línea que atraviesa verticalmente el centro del plano. En su parte superior dice "y camino de chillu", mientras que la parte inferior termina en el "Río de Santiago".

CULTO AL CERRO

Sacralidad, cosmovisión y ceremonias en el Apu Huechuraba

En tiempos de la conquista y la temprana colonia, numerosos cronistas describieron la veneración generalizada que los pueblos prehispánicos profesaban a las montañas y cerros. Estos puntos de altura permitían acercarse a los dioses y a los astros, y cumplían a la vez funciones políticas, culturales y militares: delimitaban territorios, servían como adoratorios y puntos de orientación. El alto alcance visual de algunos cerros los convertía en calendarios cósmicos, desde los cuales se observaba el movimiento del Sol, la Luna, Venus, las Pléyades y otras constelaciones (Aveni, 1991; Broda, 1991; Belmonte, 1999).

En el folklore nacional son abundantes las referencias a cerros, rocas, cuevas y minas asociados a mitos, leyendas y apariciones. Se trata de lugares cargados de poder: guaridas de demonios o escenarios de milagros, que en muchos casos fueron apropiados por la evangelización cristiana mediante la superposición estratégica de cruces, capillas o ermitas en sitios culturalmente significativos para las poblaciones nativas (Plath, 1983; Acosta, 2014; Barabas, 2006).

EL WINKUL MAPUCHE Y EL APU ANDINO

Para la cultura mapuche, el agua es reconocida como la fuente de fertilidad por excelencia. El agua surge de los winkul —montañas y cerros— a los cuales se adscribe cada Lof o comunidad. Cada Lof considera a su cerro tutelar como un espacio mítico de salvación, en torno al cual se celebran los nguillatun y se recrea la idea cósmica de los ciclos del universo (Nanculef, 2016). La principal deidad mapuche, Pillán o Nguenechen, habitaba precisamente en las altas cumbres del centro y la costa (Foerster, 1993).

Tempranamente, cronistas y naturalistas reportaron que las cimas de algunos cerros eran usadas como cementerios por las autoridades mapuches. Según Medina (1882):

«Los caciques de cierta importancia eran enterrados en las alturas inmediatas a la casa que habitaron, y declara que esto se hacía porque los que quedaban deseaban tenerlo a la vista como recuerdo imperecedero de la memoria de aquellos antepasados.»

En la cosmovisión andina, muchos pueblos emergieron originariamente de los cerros de las provincias que habitaban. Los cerros más importantes eran considerados huakas pacarinas —entidades con un vínculo fundacional con las comunidades que adscribían a su poder local. Los incas llegaron a realizar peregrinaciones rituales a las altas cumbres de Chile, Perú y Bolivia, en un culto relacionado con la lluvia, el agua y los ciclos agrícola-ganaderos (Reinhard, 1983; Castro, 1997; Cruz, 2009).

Las piedras cristalizaban a los espíritus de los antepasados. Algunos extirpadores de idolatrías identificaron a las huakas de piedra como los objetos de mayor adoración. Existían piedras instaladas en acequias y campos de cultivo para asegurar las cosechas, y ciertos cerros sagrados en el Cuzco contaban con piedras horadadas consideradas sagradas (Cobo, 1956 [1653]).

SINCRETISMO Y CONTINUIDAD CEREMONIAL

La cuenca de Santiago se presentó como un paisaje idóneo para los sincretismos que se dieron con la ocupación española del siglo XVI. La superposición de la Ermita de Montserrat sobre el Cerro Blanco —lugar de probable sacralidad indígena previa— es un ejemplo paradigmático de esta estrategia de apropiación espacial. Desde los años 70 y 80 existen testimonios de ceremonias realizadas en la cumbre del cerro por personas mapuches, mucho antes de que se formalizara cualquier organización indígena en el lugar.

Entre 1991 y 1992, en el contexto de las movilizaciones por los 500 años de la conquista, surgió un incipiente interés en torno a reivindicaciones culturales y políticas de los pueblos originarios. Grupos como Manca Saya, Arac Pacha e Illapu formaron parte de este impulso. Es en ese contexto que emerge la Coordinadora Nacional Indianista (CONACIN), organización que aglutinaba a personas Rapa Nui, Aymara, Mapuche y chilenas de más de una veintena de comunidades.



Bailando alrededor del Rehue del Apu Huechuraba. Aldea de la Paz, Cerro Blanco.

EL REHUE, EL INTI RAYMI Y LA CHAKANA

En 2002 fue instalado en la zona mapuche de la Aldea de la Paz un Rehue —pilar ceremonial sagrado para la cultura mapuche. Junto a él se plantaron un canelo y un maqui, árboles considerados sagrados. Las machis ligadas a la comunidad realizan en este espacio lakutun o bautizos mapuches, generalmente en invierno, durante el solsticio.

El Inti Raymi, celebración del nuevo año andino coincidente con el solsticio de invierno del 21 de junio, es una de las festividades más importantes entre las organizaciones que giran en torno al Apu Huechuraba. La celebración articula y mezcla diversas expresiones culturales: se espera el año nuevo con una vigilia posterior a la sahumación, durante la cual se realizan peticiones colectivas.

La Chakana es otro de los puntos de mayor sacralidad para la comunidad del cerro. Considerada un nodo de comunicación entre el mundo terrenal (kay pacha) y el mundo de arriba (araq pacha), su nombre proviene del quechua —donde chakay significa "cruzar"— y del aymara —donde chakana es "escalera" y chaka es "puente"—. La expresión tawa chakana simboliza cuatro escaleras o la cruz escalonada, símbolo central de la cosmovisión andina que representa el cruce entre planos de existencia.

CONQUISTADORES ESPAÑOLES

El Cerro Blanco como campamento, fortaleza y primera chacra de Pedro de Valdivia

Al igual que los primeros conquistadores al mando de Diego de Almagro, Pedro de Valdivia y su tropa ingresaron al valle del Mapocho por el Camino de Chile, cuya ruta pasaba por el costado del Cerro Blanco. Según el cronista Diego de Rosales (1877-1878), Valdivia acampó inicialmente en La Chimba —ribera norte del Mapocho— con intención de fundar allí la ciudad. Fue el cacique Loncomilla, señor del valle del Maipo, quien le indicó que al otro lado del río existía un sitio más propicio, donde los Incas ya habían levantado una población.

León Echaiz sostiene que el primer campamento de Valdivia debió instalarse entre el Cerro Blanco y la quebrada poniente del San Cristóbal. Antes de cruzar el río, los conquistadores se asentaron en el cerro mismo, lugar que ofrecía visibilidad estratégica sobre el valle y acceso directo al camino principal.

LA PRIMERA FORTALEZA

El Cerro Blanco —conocido en ese periodo como Cerro de Monserrate— fue el emplazamiento de la primera fortaleza española en Santiago. Así lo registra un texto de 1578 proveniente del Archivo del Convento de Santo Domingo, reproducido por Stehberg y Sotomayor:

«[...] y ser (camino) por el que entraron los conquistadores a apoderarse del cerro de piedra de esta ciudad que llaman vulgarmente de Monserrate, donde se colocó la primera fortaleza de que se conservan hasta oy no pocas señales que contestan con la Historia del reino en este punto.»

La elección del cerro como posición defensiva no era arbitraria: desde su cima se dominaba visualmente el valle del Mapocho, el Camino de Chile y el sector norte de la futura ciudad. Hasta finales del siglo XIX aún se conservaban vestigios de esta ocupación en la cumbre.

LA PRIMERA CHACRA DE PEDRO DE VALDIVIA

El Cerro Blanco y toda la zona circundante formaron parte de la primera chacra de Pedro de Valdivia. En 1546, el Cabildo confirmó su propiedad, que se extendía desde el río Mapocho hasta El Salto por el norte, y desde el Camino de Chile —actual calle Independencia— hasta el Cerro San Cristóbal por el oriente. En ella se cultivaba trigo, maíz "y lo demás para el servicio de esta mi casa", trabajada por yanaconas e indígenas del lugar.

La llegada de los españoles al sector implicó la expulsión y redistribución de gran parte de la población



La fundación de Santiago. Pedro Lira, 1888. Óleo sobre tela.

local. Sobre el destino de los habitantes de El Salto y Huechuraba, Rodrigo de Araya los trasladó en 1557 al pie del cerro Macaya, en Quillota, desde donde intentaron sin éxito recuperar sus tierras mediante pleitos judiciales entre 1562 y 1565 (Rosales, 1948).

LAS SUCESIVAS TRANSFERENCIAS DE DOMINIO

En 1550, Pedro de Valdivia cedió la chacra a Inés de Suárez y su marido Rodrigo de Quiroga, con el fin de que ella pudiera preservar la Ermita de Montserrat que había erigido en la cumbre del cerro. La escritura establecía el compromiso de no molestar a los yanaconas que labraban la tierra.

En 1557, Bartolomé Flores —llegado con Valdivia en 1540 y propietario de los terrenos de Huechuraba desde 1551, adquiridos a Gaspar Villarroel— cedió un solar en la ribera norte del Mapocho. Al año siguiente, en 1558, Inés de Suárez y Rodrigo de Quiroga donaron los amplios terrenos que incluían el Cerro Blanco y sus colindantes a la Orden de Santo Domingo, con el compromiso perpetuo de que sus sacerdotes celebrasen misas cada tres viernes por el alma de don Pedro de Valdivia. De este modo quedaron constituidos los "Llanos de Santo Domingo", limitados al poniente por el Camino Real a Huechuraba, al norte por el Salto de Araya y al oriente por el cordón del San Cristóbal (Massone, 1982; Benavides Rodríguez, 1988).

ERMITA DE MONTSERRAT

El primer adoratorio cristiano-católico del valle del Mapocho

Inés de Suárez, primera mujer española en el valle del Mapocho y compañera del gobernador Pedro de Valdivia, promovió la construcción del primer adoratorio cristiano-católico de la ciudad. Según René León Echaiz, el campamento fundacional de Valdivia se habría instalado entre el Cerro Blanco y la quebrada poniente del San Cristóbal, donde ya existía una primera ermita de paja y madera. Más adelante, por iniciativa de Inés, fue reconstruida en la cima del cerro.

El sector norte del Mapocho no era un espacio vacío: la presencia previa de asentamientos indígenas —en un patrón similar al de Vitacura, con aldeas estructuradas en torno a cerros isla— confería a estas tierras una importancia simbólica y estratégica que explica las disputas coloniales que se sucederían.

LA CESIÓN DE 1550

El 2 de enero de 1550, por escritura pública ante el obispo Rodrigo González y el vecino Santiago de Azócar, Valdivia cedió a perpetuidad las tierras de Montserrate a Inés de Suárez. Ambos, como fundadores de la ermita, la traspasaron al Convento de Santo Domingo instituyendo una capellanía:

«[...] como fundadora de la dicha hermita instituímos en el convento del señor Santo Domingo [...] una capellanía i aplicamos la dicha hermita i tierras al dicho convento.»

HISTORIA CONSTRUCTIVA

La primera ermita fue de madera y paja; una segunda versión en material sólido no resistió los temporales de la cumbre. Para 1585 yacía en ruinas y sus clérigos debieron retirarse al convento. Una segunda capilla de mayor envergadura se levantó a fines del siglo XVI en la planicie poniente del cerro, entre las calles Monserrate y Santos Dumont (antigua calle del Rosario), siendo destruida por el terremoto de 1647.

Documentos del Archivo del Convento de Santo Domingo, hallados por Jesús Lara, confirman procesiones al Cerro Blanco hasta 1558 y una misa solemne instituida en enero de 1571 para la Purificación de la Virgen. Dado que los dominicos tomaron posesión en 1559 —dos años después de fundar su convento (1557)— la ermita concentró durante al menos una década buena parte de la vida religiosa de la ciudad.

LA IMAGEN Y SU SIMBOLISMO

La talla de la Virgen de Montserrat, de estilo románico-bizantino, pertenece a la tradición de las vírgenes negras o morenas. Su tonalidad oscura se explica tanto por la oxidación del albayalde original como por un repintado del siglo XIX. Autores como Huynen (1977) y Begg (2011) la vinculan a representaciones de deidades femeninas de la fertilidad —Artemisa, Cibele, Isis— reinterpretadas en la Alta Edad Media, mientras otros remiten al versículo del Cantar de los Cantares: Nigra sum, sed formosa («soy morena, pero hermosa»).

Un dato significativo: Inés de Suárez, Valdivia y gran parte de su hueste eran extremeños, y la patrona de Extremadura es la Virgen de Guadalupe —también morena, patrona de la Hispanidad y símbolo de la evangelización del Nuevo Mundo—, lo que confiere una dimensión añadida al vínculo entre devoción mariana, conquista y sincretismo religioso.

DISPUTA POR EL PATRONAZGO DE SANTIAGO (1645)

En 1645, el Cabildo de Santiago sesionó para elegir virgen patrona de la ciudad. Se deliberó entre tres figuras votivas: la Virgen del Socorro (franciscanos), supuestamente traída por Valdivia y de gran devoción entre los conquistadores; la Virgen de las Mercedes (mercedarios), conocida como «la Antigua»; y la Virgen del Rosario o Montserrat, custodiada por la Orden de Predicadores. El solo hecho de que la ermita compitiera por ese honor confirma el peso simbólico que aún conservaba un siglo después de su fundación.



La fundación de Santiago. Pedro Lira, 1888. Óleo sobre tela.

CERRO BLANCO COMO CANTERA Y ALBERGUE

De recurso constructivo colonial a refugio de los desheredados del siglo XX

En 1763, bajo el gobierno del corregidor Luis Manuel de Zañartu, se iniciaron los trabajos de construcción de un puente definitivo sobre el Mapocho. El material empleado fue extraído directamente del Cerro Blanco, lo que convirtió al cerro en proveedor de uno de los primeros grandes proyectos de infraestructura de la ciudad colonial.

Posteriormente, Pedro Nolasco León —tío del capellán Carlos Emilio León— adquirió el llano de Santo Domingo por la suma de \$60.000 pesos. El cerro fue luego vendido a don Antonio Tagle, bajo la condición de que los monjes dominicos pudieran extraer de él piedras a discreción, reconocimiento implícito de la importancia del recurso lítico para la comunidad religiosa que ya tenía larga historia en el lugar.

Según registros del período (ca. 1978), a los pies de la falda poniente del cerro existían talleres de canteros y marmolistas al menos desde la calle Unión con Av. Recoleta hasta el final de Recoleta, activos hasta fines de la década de 1950. Canteras, fuentes de mármol, sapolio, cuevas y túneles formaban parte del paisaje cotidiano del barrio.

CRISIS, MIGRACIÓN Y CESANTÍA (1875–1932)

Entre 1875 y 1959, la población de Santiago se multiplicó por diez, impulsada por la migración rural y la crisis del salitre. La situación se agudizó con la depresión de 1929, la caída de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo en 1931 y una cesantía que alcanzó el 32% en 1932. Solo ese año, unas 125.000 personas migraron a Santiago.

El gobierno de Juan Esteban Montero creó los Comités de Ayuda a los Cesantes, pero fueron disueltos en 1932 por Arturo Alessandri, lo que provocó un aumento de las tomas de terreno en la ciudad.

REFUGIO EN LAS CANTERAS: 500 CESANTES (1932)

Uno de los lugares más afectados fue el Cerro Blanco, donde unas 500 personas sin hogar se refugiaron en sus antiguas canteras. El reportaje de la revista Zig-Zag del 7 de mayo de 1932 describió la situación con crudeza:

«En las canteras abandonadas del Cerro Blanco y en los lugares que pueden presentar amparo para el frío nocturno, se habían refugiado alrededor de 500 cesantes [...] Durante las visitas practicadas, se pudo constatar la forma desaseada y miserable en que allí se vivía, al mismo tiempo que la promiscuidad vergonzosa que se llevaba en la vida de aquella colectividad.»



Población de canteros en Cerro Blanco por Av. Recoleta. Fotografía de Rebeca Yáñez / Santiago Nostálgico.

La Oficina de Cesantes organizó su "higienización": fueron trasladados a la Casa de Limpieza de la calle Bellavista, donde los bañaron, afeitaron y cortaron el pelo. Las ropas recuperables se desinfectaron en hornos deshidratadores; las que eran "verdaderos andrajos" fueron incineradas. Finalmente, los cesantes fueron enviados en camiones a trabajar en obras camineras de la provincia.

CUEVAS, TÚNELES Y LA "CUEVA DEL DIABLO"

El paisaje subterráneo del cerro quedó registrado también en la memoria oral del barrio. Un vecino de 68 años recordaba:

«Era una cueva de tipo caliza, pero todo el mundo le tenía miedo porque esa era la cueva del diablo [...] Nunca la llegué a conocer hasta el fondo, solamente la parte de la entrada, los primeros 5 o 10 metros [...] decían que esa cueva salía por entremedio del cerro y llegaba hasta donde estaba la cantera.»

OCUPACIÓN IRREGULAR Y DETERIORO PATRIMONIAL

La ocupación del cerro con viviendas irregulares —especialmente en la calle Unión— agravó el deterioro de las piedras tacitas y otros elementos del patrimonio arqueológico. Las construcciones se emplazaron directamente sobre y alrededor del bloque con tacitas, acelerando su proceso de exfoliación.

En la década de 1960 comenzó la erradicación definitiva de las poblaciones "callampa" en el cerro, mientras que Bomberos se encargó de sellar algunos túneles. En 1983, según el informe de Nawel Consultores, la piedra fue recubierta con tierra con la intención de protegerla; sin embargo, el crecimiento de malezas acentuó la escamación y exfoliación producto de la introducción de raicillas en los poros de la roca.

CONACIN Y LA ALDEA DE LA PAZ

Centro de Desarrollo Cultural y Espiritualidad Indígena en el Cerro Blanco

El proceso de asentamiento y ocupación del Cerro Blanco por parte de CONACIN —Centro de Desarrollo Cultural y Espiritualidad Indígena— comenzó en 1990, en los primeros años de la recuperación democrática. El hito que más define a la organización fue la conmemoración del Quinto Centenario del descubrimiento de América en 1992, año en que la temática y la identidad indígena resurgió con fuerza en el país.

En ese marco tomó relevancia la iniciativa internacional denominada Jornadas de la Paz y la Dignidad, en la que distintos continentes y países diseñaron e implementaron proyectos de desarrollo para los pueblos originarios, apuntando especialmente a la recuperación de espacios ceremoniales. El Cerro Blanco fue elegido como sede chilena del evento.

LA ALDEA DE LA PAZ (2001)

Las instalaciones de la Aldea de la Paz fueron construidas en el año 2001, en un terreno cedido en comodato a la organización. El espacio se dividía en cuatro zonas:

La zona andina: Casa aymara construida en greda.

La Aldea: Ruka mapuche como espacio de reunión y ceremonia.

El Altar Mayor: Espacio ceremonial al aire libre en la ladera del cerro.

Jardín Adkintun: Jardín infantil étnico, con enfoque intercultural.

El cerro fue elegido por su carácter de cerro isla en el corazón de la ciudad: un sitio histórico significativo que reúne aspectos físico-naturales, raíz histórica indígena y testimonio arqueológico —piedras con tacitas, puntas de flecha y otros artefactos— que acreditan la presencia originaria en el valle de Santiago.

FINANCIAMIENTO Y CONFLICTO CON EL SERVIU

Ante el incumplimiento del SERVIU de ejecutar un proyecto de implementación para el centro ceremonial —prometido en acuerdos previos con dirigentes indígenas—, CONACIN gestionó apoyo internacional. En el marco de la convención N° CP 02-669, el Gobierno Metropolitano de París aportó €175.516, administrados por el Parque Metropolitano. Con esos fondos se construyó el Jardín Infantil Adkintun.

En octubre de 2016, el SERVIU Metropolitano revocó el comodato sobre los espacios del cerro, a raíz de una denuncia presentada.

DEFENSA DEL APU WECHURABA

Las organizaciones que conforman el Concejo de Defensa del Apu Wechuraba señalaron que las exigencias del SERVIU establecidas en los contratos de comodato son discriminatorias hacia los pueblos indígenas, en contravención a la Ley Indígena 19.253, el Convenio 169 de la OIT suscrito por Chile y la resolución de la OEA sobre consulta a comunidades indígenas en la toma de decisiones.

«Han sido 5 años de lucha para recuperar el Cerro Blanco como Centro Ceremonial y otros 16 años de trabajo y esfuerzo para sostener y gestionar los diferentes espacios.» — Concejo de Defensa del Apu Wechuraba, octubre de 2016.



CONACIN · Aldea de la Paz, Altar Mayor. Ceremonia en el Cerro Blanco.

LA CHIMBA «DE LA OTRA ORILLA»

Barrio popular, agrícola y multicultural del norte de Santiago

La Chimba es una palabra de origen quechua que significa "el terreno, barrio o localidad situada al otro lado del río" (Rosales, 1948).

Antes de la conquista, La Chimba fue ocupada sucesivamente por la cultura Aconcagua, los picunches y los incas. Los restos arqueológicos de piedras tacitas atestiguan una presencia humana que se remonta a culturas cazadoras-recolectoras. Por la ribera norte del Mapocho, estos grupos realizaban sus ritos y tradiciones, aprovechando los recursos hídricos del valle.

«Ocupada primero por la cultura Aconcagua. Conquistada y ocupada luego por los Incas y más tarde por los Españoles, la Chimba se convierte con éstos en un espacio al servicio de Santiago, asumiendo en lo inmediato un papel proveedor y de tránsito al servicio de la administración central.» — Álvarez, 2011, p. 21.

LA ACEQUIA DE EL SALTO Y LOS RECURSOS HÍDRICOS

Una de las claves del valor estratégico de La Chimba fue su infraestructura hídrica prehispánica. La acequia de El Salto de Araya venía desde el Mapocho por un canal labrado que recorría la quebrada del San Cristóbal en dirección a Conchalí. Según León Echaíz (1975):

«[El agua] llegaba a los bordes de un precipicio y desde allí se lanzaba al valle. Una vez en el valle, las aguas se repartían en tres canales más pequeños, uno iba a las tierras del sector central y los otros dos a los costados de los cerros. En esta forma, se obtenía un magnífico regadío que fertilizaba las tierras de la Chimba y de los campos cercanos.»

La complejidad de esta obra hidráulica sugiere que el sector era uno de los más poblados del valle. El control de estos recursos era vital para la agricultura de las tierras de Conchalí, Huechuraba, La Chimba y Quilicura, lo que explica por qué Pedro de Valdivia se las adjudicó para sí (Sotomayor et al., 2016).

BARRIO POPULAR, ARTESANAL Y COMERCIAL

Desde 1598, La Chimba recibió un flujo constante de migrantes provenientes de la guerra en el sur del país: "indios fugados, colonos pobres, negros y mestizos discriminados" (Márquez y Trufello, 2013). Este proceso consolidó su carácter popular y multicultural. La Chimba concentró una importante población de artesanos independientes —trabajadores de la madera, la seda, la albañilería— y comerciantes minoristas, incluyendo artesanos indígenas llegados del Perú que introdujeron nuevas técnicas y conocimientos desde el norte.

Por su posición como "puerta norte" de la ciudad, se transformó en el nodo de llegada del tráfico proveniente de esas rutas, y todo el intercambio comercial hacia España y el Perú —vía Valparaíso— debía atravesarla. Su carácter popular no impidió que terratenientes y comerciantes se interesaran tempranamente en sus chacras. Actualmente, la Vega Central, el Mercado Tirso de Molina, la Pérgola de las Flores y los barrios de Patronato y Bellavista son herederos directos de esa tradición de intercambio.

LA ORDEN DOMINICA Y LOS LLANOS DE SANTO DOMINGO

La primitiva hacienda de la comunidad de recoletos de Santo Domingo abarcaba un predio que casi tocaba La Cañadilla (actual Independencia), comprendía el Cementerio General y el Cerro Blanco, y bordeaba el San Cristóbal. Su límite sur estaba en la calle Dominica y por el norte sobrepasaba en muchas cuadras la actual Avenida Santos Dumont. Los dominicos cultivaron estos fértiles terrenos aprovechando las canalizaciones que los gobernadores incaicos habían derivado del Mapocho.

En 1823, la exclaustación religiosa y las presiones políticas de los pipiolos en el gobierno llevaron a los frailes a vender los Llanos de Santo Domingo a Pedro Nolasco León y Enrique Campino. Quedaron fuera de la venta el Cementerio Católico y la Viña Vieja con su iglesia.



La Chimba en Plan de la Ville de Santiago. Mapa de Santiago de Chile durante el siglo XVIII. François Frezier / Jacques N. Bellin.

MIGRACIONES Y MULTICULTURALIDAD (SIGLOS XX–XXI)

A comienzos del siglo XX llegaron al barrio inmigrantes palestinos cristianos, mayoritariamente atraídos por la construcción de la iglesia ortodoxa de San Jorge en Patronato (1917). Esta comunidad destacó en la industria textil y en la construcción, y dejó una huella tan profunda que hoy existe en Chile una comunidad palestina más numerosa fuera de Palestina.

En los años 90, la crisis económica peruana impulsó una nueva ola migratoria hacia Chile. Las comunas de Recoleta, Independencia y Santiago fueron las predilectas para su asentamiento, añadiendo otra capa a la identidad multicultural del sector. Como sintetiza Márquez (2011): "Su intensa actividad comercial, social y lúdica dio origen a un territorio que marca una pauta en el desarrollo de toda la ciudad de Santiago."

